

UN EXCELENTE HONORARIO

ROMAN GOMEZ MASIA

De "La Trastienda de Themis", conjunto de relatos de la vida abogadil, publicado en 1931, hemos tomado el siguiente episodio.

Para estudios bien organizados, el de Alberto Arregui.

"El orden ante todo", era su máxima. Los menores detalles de la oficina revelaban esa preocupación.

Empezando por las carpetas. Tratábase de unas bonitas carpetas de cartulina verde, con un complicado aparaje interior para sujetar los papeles. En lo alto, impreso en letras notables, el nombre del abogado. Más abajo, casillas para anotar el nombre de las partes, los domicilios constituidos, los días de nota, las fechas de audiencia y el vencimiento de los términos. Bonitas y prácticas carpetas, en una palabra.

Ellas se archivaban por riguroso orden alfabético, en un mueble de acero, cada una de cuyas gavetas ostentaba al frente, como una escarapela, la respectiva letra anunciadora.

Sobre la mesa del doctor Arregui existía un fichero, gracias al cual podía conocer el letrado, en un instante y sin levantarse de su sitio, el estado de cualquier asunto confiado a su estudio.

Contaba también el establecimiento con otros adelantos diversos que la moderna técnica ha proporcionado a los oficinistas: desde la máquina de calcular hasta el dictáfono.

Añádase ahora las colecciones completas de leyes y jurisprudencia, la nutrida biblioteca de obras jurídicas, clásicas y modernas, y el retrato de Vilén Sarsfield en un testero del despacho. Después de este rápido inventario será fácil colegir que el doctor Arregui poseía un bufete bien montado, con todos los elementos necesarios para cumplir sus funciones sin tropiezos.

Y, sin embargo, faltaba algo, un detalle insignificante, para que la oficina se pareciera a cualquiera de sus congéneres: el doctor Arregui no tenía clientes. ¡Ni uno!

Por tan pequeña causa estaban aún sin estrenar las hermosas carpetas verdes, vacío el archivo metálico, hueco el fichero de asuntos. Y los diez sellos que Arregui adquiriera tres meses atrás — el día de su instalación — oscilaban su desesperada virginidad en el fondo de la espléndida caja de hierro, a combinación y llave.

De todo aquel arsenal sólo se utilizaba con regularidad la máquina de escribir. El empleado del estudio — un mozaibete de diecisiete años — la empleaba para poner en limpio sus apuntes y deberes del Colegio Na-

cional, al que asistía por las mañanas. También el mismo Arregui la aprovechaba cada quince días para escribir a su padre pidiendo fondos.

Era un muchacho ordenadito y juicioso en todas sus cosas. El primero y tercer lunes de cada mes, recibía a tropesones dos inevitables páginas, tan carifiascas como pedigríficas. Y era una regla inexorable que el jueves subsiguiente recibiera el giro solicitado. La combinación de trenes no permitía mayor rapidez.

El viejo Arregui, fuerte hacendado de la provincia de Córdoba, se complacía en satisfacer todos los deseos de su único hijo. La instalación del modernísimo estudio había costado al buen vasco mucho más que los molinos y tanques australianos de la estancia nueva. Pero el hombre sentía debilidad por Alberto. Cuando éste llegó al pueblo a festejar en familia la terminación de la carrera, la alegría del viejo se hizo desbordante y expansiva. Recorrió toda la zona, para comunicar a los vecinos la grata nueva.

“¡Mi muchacho va a tener el mejor estudio de Buenos Aires!”, decía.

Dirigió personalmente la instalación, que se realizó sin reparar en gastos. Compró cuanto le ofrecieron los vendedores de “Smith and Sons, Muebles para escritorios”. Hubo ciertas dificultades para acomodar todo aquello en dos piezas, arrendadas en una casa de escritorios a la vera del tribunal; pero los interesados, como Jehová en el séptimo día, quedaron al cabo satisfechos de su obra. Sobre todo los vendedores de Smith and Sons.

El vasco Arregui sabía hacer las cosas, sin duda.

En cuanto al novel abogado, no se afligía gran cosa por la anemia de asuntos a que hemos aludido. Sabía que la clientela sólo se forma a fuerza de tiempo, paciencia y trabajo. No era vehemente. Esperaría lo necesario. Los dos giros mensuales habrían sido un poderoso calmante para los nervios de cualquiera.

Por otra parte, es oportuno consignar que la oficina se desenvolvía con entera normalidad, a pesar de no tener pleitos; o quizás por esa misma causa.

Aquello era un mecanismo perfecto. Arregui llegaba todas las tardes al estudio, abría un tomo de Machado o de Siburu, y se ponía a estudiar con ahínco hipotéticos asuntos que podrían presentársele más adelante. Consultaba jurisprudencia, tomaba apuntes y se ensayaba a redactar coherentes, sosteniendo esta o aquella tesis. El llamaba a todo eso “adelantar trabajo”. Ya dijimos que era un mozo metódico y ordenado.

De dos a tres, Alberto hacía su recorrida por tribunales. Es verdad que no tenía ningún expediente que revisar. Pero semejante minucia no era razón para omitir una tarea propia de todos los letrados.

Entraba, pues, a las dos de la tarde por el portal de Takahuanu. En un ascensor se filtraba a través de todos los pisos, hasta el sexto. Daba unas vueltas por el sexto piso, haciendo molinetes con su bastón de malaca, y saludando alborozado a algún compañero de Facultad que le salía al paso. Bajaba luego al quinto, después al cuarto; exploraba intrépido las labregueas del tercero. Se perdía y reaparecía a través de innumerables corredores y patios. Iba, venía, subía y bajaba, alternando la verticalidad de los ascensores con el desplazamiento horizontal por las galerías...

Y por fin, a las tres dadas, se le veía salir con parsimonioso continente por la puerta principal de Lavalle, cruzar la calzada, metense a tomar un cafecito...

En su casa bonachona, redonda y coloradota como la de un bebé sano, se notaba la satisfacción que el reciente paseo le producía. No se había acercado a ninguna ventanilla durante el largo trayecto. ¡Para qué! Mas la recorrida diaria le enseñaba poco a poco la distribución del palacio y la ubicación de las oficinas, lo familiarizaba con la casa, le daba desenvoltura y hasta le facilitaba la digestión. ¡Casi nada!

A las tres y cuarto, Arregui aparecía en el estudio.

—¿No ha venido nadie? — preguntaba a su empleado.

—No, doctor — respondía éste invariablemente.

—¿Hay correspondencia?

—“La Caceta” nada más.

—¿Llamó alguien por teléfono?

—Sí, doctor, pero se trataba de una comunicación equivocada. Querían hablar con el diario alemán.

—Muy bien, muy bien — contestaba Alberto, sin perder un ápice de su bonhomía. Con sonrisa complacida pasaba a su despacho, colgaba tras la puerta bastón y sombrero, y después de cruzar una mirada de inteligencia con el retrato de Válen Sáenzfeld, volvía a enfrascarse en quiméricos pleitos que, sin duda, llegaría a defender.

Duraba esta labor hasta las seis, hora en que Arregui abandonaba el escritorio agobiado por las fatigas de la jornada, y se marchaba a compartir con su querida el resto del día.

—*Aa-ee travailli beaucoup, moni p'tit?* — le preguntaba ella, entornando los rasgados ojos azules de una manera muy personal.

—¡Ufff!... — era la expresiva respuesta de Arregui, acompañada de un camino mence de cabeza, no menos expresivo.

Y se iban juntos a respirar el aire de las afueras, o a empujar copelines en una confitería, o a bailar en un dancing, según fuera el medio excogitado por Alberto para olvidar las preocupaciones de la tarde.

Así se deslizaba, fácil y placentera, la existencia del doctor Alberto Arregui. Un padre rico y generoso, una amante discreta, pocos amigos, algunos libros, un alma exenta de complicaciones... ¿hace falta algo más para ser feliz?

Podía vivir tranquilo el flamante letrado. Podía entretenerse con su inocente manía de defender pleitos imaginarios. Ya llegarían los pleitos reales, a los cuales aplicar sus aptitudes, su organización y sus útiles de oficina.

* * *

—¿El estudio del doctor Arregui?

El empleado abrió tamaños ojos para mirar de arriba abajo al visitante. ¡El primero en tres meses!

—¿El estudio del doctor Arregui? — volvió a inquirir el recién oficina.

—Sí, señor; pase usted — contestó el muchacho, repuesto ya de su sorpresa.

Entró. Era un hombre de modesta apariencia y ojos azorados. Tomó asiento. Debía esperar algún espacio, pues Arregui estaba engolfado en una cuestión jurídica importante. Estudiaba en esos momentos la manera de defender al acreedor de alquilarse frente a la tercera del vendedor de muebles y vicereinas.

Finalmente hizo pasar al visitante.

—Yo soy Josè Lauri — dijo éste, con acento italiano —. Tengo un tallerito de electricidad, ¿sabe?... Se lo compré a mi compadre, Gastano Silvestrini. Antes éramos socios, y yo me quedé con todo, ¿sabe?...

Continuó su exposición, que duró largo rato. Lauri no era un narrador conciso, precisamente. Explicó verbigracia con lujo de detalles la razón de su compadrazgo con Silvestrini, acusó a la esposa de éste de haber llevado y traído un cuento, y profirió en forma superabundante exclamaciones y protestas de remota atingencia con el fondo del asunto: “¡Yo soy un hombre honrado!”... “Tengo cinco chicos”... “Soy un pobre trabajador”, etcétera. Evidentemente Lauri sentía una irrefrenable tendencia a la digresión y abusaba del recurso patético, perjudicando con todo ello la unidad del relato.

Arregui sacó en limpio que Lauri había pagado a Silvestrini la parte en el negocio mediante dos pagarés, y que éste, violando una promesa verbal de espera, acababa de embargar el boliche. El italiano quería que Arregui hiciera levantar el embargo.

Ante semejante pedido el semblante de Alberto se demudó con su gesto de contrariedad. Después de reflexionar, habló con tono breve y seco.

—Vea, señor. Aquí no estamos para perder tiempo con casos indefendibles. Este es un estudio serio.

Miró al italiano de hito en hito y aseguró con aplomo:

—¡Nunca hemos perdido un pleito!

Lo que era rigurosamente exacto.

Mentía Arregui, en cambio, al dar aquel protesto para rehusar el asunto. Su recóndito pensamiento era muy diferente: es que le daba miedo, verdadero miedo, aquel primer pleito de su vida. Calculó la paz de aquella oficina, jamás turbada por clientes importunos, sus días sin preocupaciones ni compromisos, su libertad para dedicarse a entretendidas investigaciones jurídicas sobre casos imaginarios... ¡Iba a perder todo aquello porque un Giuseppe Lauri cualquiera se presentara con un asunto de mala muerte? ¡No, y mil veces no!

—Pero, doctor — protestó el otro —. No me abandone así. Yo soy un pobre trabajador, pero voy a saber agradecerle su molestia. Soy un hombre honrado...

—Bueno... — dijo Arregui tras larga vacilación —. Sea... Haciendo una verdadera excepción, tomaré este asunto por tratarse de usted... En seguida he visto que habla con una persona decente. Tendré mucho gusto en defenderlo.

Lauri se felicitó in mente de haber motivado con su ofrecimiento aquel repentino cambio de opinión. Grave error. Es que Arregui se había

acordado súbitamente de sus carpetas, las hermosas carpetas verdes aun no desfloradas. La voluptuosidad de estrenar la primera lo tentó.

El italiano se puso elusivo. Agradeció la decisión del letrado y volvió a decir una y cien veces que tenía cinco chicos, que era un pobre trabajador y que la mujer de su compadre tenía la culpa del embargo.

—Ahora mismo me ocuparé en su asunto. Ya verá... ¡Rodríguez!

El empleado se presentó en un salto, y se cuadró con la torpeza de un recluta bisoño.

—Atienda a este señor y tómese todos los datos del asunto que encarga. Prepare una carpeta y colóquela en el archivo. Letra L...

—Sí, doctor.

—Haga también dos fichas a máquina. Una por el nombre del señor y otra por el demandante...

—Sí, doctor.

—Y déjeme aquí el dictáfono. Tendremos que hacer escritos.

—Muy bien, doctor.

—Nada más... ¡Ah! Oiga, Rodríguez. Me olvidaba. Deje para mañana todo el trabajo que tenga. Este asunto es urgente.

—Muy bien, doctor.

Rodríguez no protestó.

—Como usted ve —continuó el letrado volviéndose hacia el perplejo Lauri—, he puesto manos a la obra. Aquí los asuntos no duermen. La actividad es nuestra norma... Por fortuna, tenemos todo lo necesario para trabajar con comodidad. Esto simplifica mucho la tarea.

La satisfacción de hacer tan bien las cosas resplandecía en su rostro.

Cuando Lauri se marchaba, se le ocurrió a Alberto hacerle una pregunta.

—Dígame, señor Lauri, ¿quiere indicarme quién ha tenido la amabilidad de recomendarle mi estudio?

—¡Oh!, nadie... Me paré aquí en la puerta de calle, miré todas las chapas y elegí la más brillante!...

* * *

Al día siguiente, Alberto almorzó silencioso y pensativo. Alice, su compañera, trató con cariñoso empeño de provocar la confianza, sin obtener un resultado satisfactorio.

—Es que me han encargado un asunto muy difícil —había explicado Arregui—. Ahora mismo me voy para el tribunal.

—Oh! No es ciego,... Tu m'cachas quelqu'chose!...

¿Cómo iba ella a creer semejante destino! La servilidad de Alberto, su apuro por marcharse, le hacían sospechar alguna aventura. Era una rubia terriblemente celosa.

Se produjo una mornita llena de emoción. Por fin, no sin esfuerzos, pudo Arregui dominarse de los besos de Alice y encaminarse para tribunales. Lamentaba dejar a la pobre tan afligida y varias veces estuvo a punto de volver sobre sus pasos para subir a consolarla. Logró dominarse. El abogado triunfó sobre el hombre.

"Malo, malo — se dijo —. Este maldito asunto comienza por darme un disgusto... ¡En fin! Son cosas de la profesión".

Esta última reflexión lo confortó.

Entró al palacio más temprano que de costumbre. Buscó la secretaria y estudió concienzudamente la plica anotadora, a fin de no tirarse una plancha. Se aproximó luego, con manifiesta timidez, al mostrador enrejado.

Del otro lado, desparrramados en sendos sillones, dos empleados discutían a voz en cuello.

—¡No mecaniós! ¡Qué va a ser Stable mejor que Ferreyra!...

—¡Claro que sí! Es el mejor hombre de la línea.

Alberto callaba y aguardaba. La discusión proseguía. Uno de ellos lo miró, pero como si tal cosa.

—¡Yo te digo que Ferreyra es mejor!

Arregui reflexionó: "¿Cómo será aquí la costumbre? ¿Interrumpir estas discusiones o esperar a que terminen?" Su profesor de procedimientos civiles no lo había explicado en clase.

Optó por un justo medio. Haciéndose el distraído, como quien no quiere la cosa, comenzó a dar golpecitos en el suelo con su bastón.

—¡Qué hay? — preguntó agresivamente el uno.

—El expediente de Silvestrini contra Lauri — solicitó con voz que parecía un suspiro.

—Díselo vos, che.

—No, andá vos. Yo me levanté antes.

—Bueno, a cara o ceca — y "revoleó" la moneda.

—¡Cara! — exclamó el otro.

—Perdite. Andá.

Se levantó el perdidoso a regañadientes y hosciquéo largo rato en el casillero. Volvió con el expediente, se lo alcanzó a Arregui por encima de la verja, y tornó al asiento y a la disputa.

—La línea queda mejor con Ferreyra al centro...

Pero Alberto ya no los oía. ¡Qué pellaguda tarea la suya! Era el primer expediente que tenía en sus manos. Para empezar no era gran cosa: apenas siete fojas. Pero a la media hora aun no había terminado de tomar notas y volver las páginas atrás y adelante.

Lo devolvió por último. Ya se iba, ya franqueaba la puerta, cuando regresó precipitadamente y pidió otra vez el cuaderno. ¡Había olvidado copiar el acta del embargo!

Otro cuarto de hora. Los empleados lo miraban un poco extrañados.

...Aquella tarde el doctor Arregui tuvo que prescindir de su diaria excursión por los corredores y hasta del acostumbrado cafeito. ¡Lo que son los asuntos! ¡Ni trabajar a gusto lo dejan a uno!

La lectura del expediente lo había llenado de confusiones y de dudas. ¡Qué cosa más difícil era un pleito! Un verdadero lío. Por lo pronto, había verificado una comprobación desoladora: no estaba en discusión nada de lo que él sabía sobre letras de cambio, pagarés y demás papeles endosables. ¡Para eso había estudiado tanto la materia! ¡Para eso se sabía al dedillo todas las preguntas de examen!...

¿Cómo hacer para defender a Lauri? Sumido en hondos cavilacio-

nes, llegó a la oficina. Cabíahe y taciturno se sentó a la mesa de trabajo.

De pronto dió un brinco y poco faltó para que echara a correr nuevamente al tribunal. ¡No se le había ocurrido mirar si los documentos estaban prescriptos!

Pero se imaginó los empleados mal encarados, la muesa que pondrían al verlo aparecer otra vez, y resolvió quedarse, aunque bastante desanimado. ¡Quizás era esa la defensa del asunto!

Por fortuna para su sosiego espiritual, recordó al poco rato que la prescripción puede oponerse en cualquier estado del juicio.

* * *

Cuando José Lauri llegó al estudio, la carpeta de su asunto había adquirido un volumen impresionante. Toda la jurisprudencia sobre embargo preventivo, compraventa de negocios y liquidación de sociedad, en doble copia, había ido a engrosar el legajo.

Y Rodríguez seguía escribiendo a máquina. Copiaba jurisprudencia extranjera.

En cuanto a la cabeza del abogado, estaba convertida en un verdadero pandemonium. Cuando más meditaba el asunto, menos lo entendía. Comenzó por contemplar una sencilla ejecución de dos pagarés, se metió a indagar la causa de la obligación, y estaba en camino de llegar a los principios generales del derecho.

El cliente, empero, le reservaba una gran sorpresa.

—¡Está todo arreglado, doctor! —le dijo entusiasmado—. Hoy hablé con Silvestrial y le demostré que era mentira el cuento que le llevó la mujer. ¡Casi le da una paliza!... Nos hicimos otra vez amigos y va a retirar el embargo, basta que yo le pague tanto por mes.

Sacó una sucia libreta y mostró una anotación.

—Este es el abogado de mi compadre. Entre usted y él pueden arreglar los papeles.

—¡Qué alivio! —pensó Arregui. Algún pesar le dió no aprovechar el copioso material acumulado en la carpeta; pero se quitaba la pesadilla de encima. En cuanto a los apantes, no eran trabajo en balde; servirían para algún asunto similar que se presentara ulteriormente.

Faltaba resolver un detalle delicado.

—El estudio, señor Lauri —expuso Arregui— estima sus honorarios en ciento cincuenta pesos. (Lauri se llevó las manos a la cabeza.) Sin embargo, en atención a que usted es un hombre decente y de escasa fortuna, le cobrará solamente cien pesos, el día que se firme el arreglo.

Hubo una larga y porfiada discusión. Los argumentos de Lauri se reducían a llorar que él era un pobre trabajador con cinco hijos. Los de Arregui eran más razonables.

—Esta es una oficina bien organizada —explicó—. Yo, personalmente y como amigo, podría tasunclear a cobrarle. Como abogado es otra cosa, según tendrá el placer de demostrarle: su asunto ha entrado en los libros, tiene su ficha y su carpeta; ha de figurar necesariamente con un honorario, por razones superiores de contabilidad y organización. ¿Comprende?... La cosa es de una lógica aplastante, señor Lauri!... En

cuanto a la cantidad que reclamó, no puede ser más módica, si se atiende la importancia del trabajo.

Y con además un poco teatral, señalaba la voluminosa carpeta, repleta de papeles.

Pero Lauri tenía más imaginación que la que prometían sus ojos de perro cansado.

—Bien, doctor — dijo —. Usted tendrá razón, pero yo no tengo cien pesos. Si quiere le pago con mi trabajo. Yo soy electricista. La casa atiende todo lo perteneciente al ramo. ¿No tiene alguna radio para componer? ¿O alguna estufa?

—Hombre, cómo no. Es una solución muy aceptable. Precisamente hay en casa dos ventiladores descompuestos. Usted los arregla. Yo haré figurar en mis libros cien pesos cobrados por el asunto y cien pesos pagados por la compostura.

¡La contabilidad se había salvado!

—De acuerdo, doctor... Y hasta puede hacer figurar ciento cincuenta pesos. Así los dos ganaremos más...

* * *

Pocos días después se firmaron los escritos traseando el asunto. Lauri declaró a su abogado que estaba satisfecho de su mediación. Por la noche fué a buscar los ventiladores al departamento de Arregui. Los revisó, y dijo:

—Es poca cosa. Pasado mañana los traeré arreglados.

Una semana después. Alice preguntó a Alberto por los aparatos.

—¡Es verdad! — exclamó éste —. Lauri se habrá olvidado de traerlos.

Pasó otra semana. No había noticias de los ventiladores. Arregui comenzó a poner en duda la honorabilidad de don José Lauri.

Unos días después se decidió.

—¡Le voy a mandar una carta rajante!

Pidió la carpeta del asunto. Pero ¡oh, dolor! entre tantos datos, había omitido pedir a Lauri el de su domicilio...

Lo averiguó entonces en el expediente.

Era tarde. Lauri se había mudado sin dejar rastros.

Rodríguez, enviado a realizar la pesquisa, escuchó expresiones de muy dudoso gusto, proferidas por el almacenero, el panadero y el carnicero del barrio, a propósito de José Lauri y su arraigada manía de no pagar las cuentas.

Se abandonaron las gestiones.

* * *

Tiempo después, cuando Alberto Arregui relataba este peripaseo en rueda de profesionales, sostenía que José Lauri le pagó el mejor honorario de su carrera.

—Yo tuve suerte — explicaba —. Aprendí con mi primer pleito a desconfiar del cliente. Esa enseñanza fué el inapreciable honorario que me dejó el italiano electricista.